

## FAMILIA Y SIMBOLOGÍA

Ricardo BLANCO BELEDO  
Gloria María PRADO GARDUÑO  
Miguel Ángel ZARCO NERI

Familia y símbolo son las dos caras de un mismo enigma. La familia como específicamente humano es una configuración simbólica que, a su vez, es condición necesaria para la génesis de lo simbólico en el ser humano.

El símbolo es lugar de coyuntura entre *locus* y *neuma*: locución y aliento vital. Es la zona entre *bios* y *logos* dicho de otra manera; es donde se manifiesta la diversidad de sentidos. Es bisagra que articula el pasado —la arqueología— con el futuro —la teleología—. Tiene, pues, una dimensión biológica y otra ética, una lingüística y otra no lingüística, una semántica y un momento no semántico. Vela y revela a la vez. Articula lo visible con lo invisible, el ser con el no ser —entendido éste como las posibilidades que se abren en el horizonte del futuro—, y a través de su desciframiento se accede a la región del deseo.

La familia es donde el *locus*, el *tempus* y el *thymos* concurren animados por el significado expresado a partir de los actos de habla de sus integrantes. De ahí que la familia sea, a la vez, la causa y el efecto complementarios y dialécticos en la constitución del ser humano. En ella se opera el doble juego entre lo simbólico y lo biológico. La familia así vista, es propiciadora de palabra, a la vez que propicia al ser, al significado y al valer. Es una sociedad de transición ya que sociedad en sentido estricto es la sociedad política. Es ámbito de constitución y de pasaje. De ahí se entiende, entonces, que en ella se tengan que articular la justicia, el bien, la conceptualización y la experiencia verbalizada del ser humano. Sin embargo, la familia ha de insertarse dentro del contexto de la sociedad política que es una sociedad que se basta a sí misma y es el ámbito adulto en el que el ser humano va a expresar su palabra.

La familia es, así, una sociedad transitoria con vistas a un espacio más amplio, la *polis*, en donde se entrecruzan, enriquecen y fecundan las palabras de los seres humanos encauzadas a la creatividad y no sólo a la fecundidad biológica, lo que lleva a crear cultura, producto que no tiene paralelo entre los demás seres de la naturaleza. Pero también la sociedad política, al igual que la familia, es una sociedad de transición. La familia

inicia al hombre en la palabra y en sus cualidades simbolizadoras, la ciudad lo hace madurar para que eventualmente pueda acceder a esa dimensión superior de la cultura en donde cabe el diálogo sin restricciones espaciales ni temporales.

Desde otra perspectiva podría decirse que el ser humano es individuo de la especie, de la familia y de la sociedad política, mas como persona es la finalidad y razón de ser última de la especie, de la familia y de la sociedad política. Familia y sociedad son los medios en donde los seres humanos se comunican para crecer como personas; por ende, no son fines en sí mismos y no se les podría obsolutizar. No obstante, aunque sociedades transitorias, la familia y la *polis* se tornan fundamentales como propiciadoras u obstaculizadoras de la palabra humana. Muy en especial, la familia se puede constituir en la perpetuadora de un destino o en la innovadora del espíritu. En virtud de que es en ella en donde el ser humano vive su estado infantil, puede fomentar en él características que lo someten a una inevitable circularidad de lo mismo, o bien conducirlo a la posibilidad de la historia, si logra abrirlo a la dimensión personal y espiritual que anida en él. En este sentido José Vasconcelos exclama:

...en mí se juntan todavía (...) generaciones pretéritas cuya memoria mueve a llanto y proles del futuro cuyo destino incierto nos sobrecoge (...) y atado, así, al lazo irrompible de las generaciones, me prolongo en el dolor sin término hacia atrás y hacia adelante, mirando con los ojos viejos de los antepasados y con los ojos todavía sin abrirse de los postresos, el horror y el esplendor inacabables. Sólo es dichoso el que rompe la cadena de la maldición.<sup>1</sup>

Esta "cadena de la maldición" únicamente se rompe atendiendo al "ritmo del relámpago de los mensajes que contienen espíritu", y no permaneciendo en las limitaciones de la naturaleza que determinan el porvenir. Así, se fractura el hábito de las fuerzas circulares, "se liquidan los procesos en ciclo y se inicia la dinámica de la espiral que es también la del espíritu".

El propiciar justamente dicho impulso del individuo, sería una de las funciones primordiales de la familia. Para ello, sin embargo, tendría que propiciarse antes, el diálogo, en las posibilidades que ofrecen las futuras contingencias de sus miembros. La familia sería, entonces, la encrucijada entre lo biológico y lo espiritual.

Se asegura con frecuencia que la familia es "la célula de la sociedad". No obstante, encontramos generalmente aquí una desvirtualización al considerar sólo la dimensión biológica en esta aseveración, dejando de lado o

<sup>1</sup> Vasconcelos, José, *Ulises criollo, Lecturas mexicanas*, México, SEP/FCE, 1983, vol. II, p. 291.

como algo tangencial el aspecto de crecimiento y desarrollo específicamente humanos en la construcción y en la creatividad, entendida construcción como *Bildung*, es decir, obra de cultura.

Hay una *praxis* en sentido aristotélico, que es un comportamiento que a nivel de los animales está regido por el instinto y hay otra *praxis*, la propiamente humana, que tiene la capacidad de prever la acción futura aprovechando la experiencia pasada, en vistas a tomar una decisión. Un abrirse al infinito de posibilidades que se presentan y que, por tanto, producen angustia. En este contexto es en el que surge la palabra con su dimensión simbolizadora. Las palabras son los elementos constitutivos de todo discurso, por ello el hombre como portador de palabra, está muy cerca del hombre como portador de deseo. Éste, como fuerza o energía que se da en cada hombre, pugna por salir, por manifestarse, por encontrar satisfacción cumplida. El deseo, para no desbordarse y aniquilarse, deviene palabras es decir, se traduce en la representación de lo deseado, en un intento por alcanzar su satisfacción.

La palabra no sólo da cabida a representaciones singulares y concretas sino también a aquellas de naturaleza universal y abstracta, lo cual da una idea de la magnitud del deseo humano exigente de una satisfacción, que al recurrir a conceptos está revelando la imposibilidad de saciarse en lo singular.

A pesar de todo lo anterior, este deseo pujante no se expresa o evidencia en forma directa a través de la palabra sino mediante un lenguaje simbólico, enmascarante, debido a que rebasa las pretensiones de la especie y la amenaza como grupo o sociedad cerrada. Por otra parte, el deseo se enmascara porque se confunde con la necesidad. El deseo está en la línea del ser, y en cambio la necesidad está en la línea del tener.

Difícil paso el de la necesidad al deseo; sin embargo, el puente está dado precisamente por el símbolo. Una de sus raíces se afianza en las necesidades de tipo biológico, mientras que la otra va al deseo que apunta a la exigencia que tiene el hombre de completar, en el orden del ser sus propias limitaciones. Asimismo articula el pasado con el presente y el futuro; de ahí el papel fundamental que tiene con respecto a la historia.

El símbolo vehiculado en la palabra permite saber de la experiencia de aquellos que nos precedieron, pero, al mismo tiempo, es en sí mismo el medio para poderla transmitir a aquellos que vendrán después de nosotros. El caudal de esa misma experiencia pasada enriquecida por la nuestra, que a su vez sustentará la producción y la creatividad de la descendencia, será de donde surja la tradición y, por tanto, la identidad.

La función articuladora del lenguaje simbólico se comienza a dar en la sociedad familiar para culminar en la sociedad po'ítica. Por ello, en la medida en que el diálogo no se dé en ese grupo social, pierde posibilidades

de identidad en tanto que no hay una experiencia que compartir. La tradición se rompe al cortar los lazos con el pasado con respecto a la experiencia familiar de los padres, y con el futuro, pues no se dice de la que se está viviendo, con lo que tampoco se fecunda a las posibilidades por venir, las que pudieran alcanzar los hijos y la descendencia de éstos. La palabra es dicha por alguien que quiere expresar algo a otro. Y si bien la voz responde al placer o al dolor muy concretos, la palabra, suponiendo y trascendiendo tales afectos, se eleva al nivel de la expresión de lo benéfico y de lo pernicioso, de lo justo y de lo injusto; pero además es portadora de preguntas que se formulan a los otros con vistas a encontrar una respuesta que pueda iluminar a aquel que la formula. Éste, implícitamente se sabe, se presume como los otros, pero está deseoso de llegar a una certidumbre explícita al respecto. Así como físicamente requerimos del espejo para ver nuestra apariencia externa, también precisamos del otro para que nos diga desde él si nos reconoce como semejantes. Mas el reconocimiento mutuo no se da en un solo acto, ya que nuestro ser se va desplegando en el tiempo, no somos de una sola vez, vamos siendo. Esto habla de nuestra limitación, pero también de la infinitud de posibilidades a que nos abrimos en cada momento de nuestra vida. Por todo esto, el reconocimiento que nos lleva a saber de nosotros y simultáneamente de los demás, es un proceso que se perpetúa mientras haya vida que nos anime. Y así como en la línea de la necesidad el hombre y la libido se encuentran en el camino de Tántalo, también ocurre lo mismo con la conciencia de sí que está en el ámbito del deseo.

Mas ¿cómo ir de lo universal generalizado a lo concreto específico de nuestra propia realidad, en este caso, la familia mexicana?

La familia mexicana como tal, no existe. Se puede hablar más bien de una trama abigarrada, conjunción maravillosamente articulada, resultante del entretejido de los diferentes grupos étnicos indígenas por una parte, y del trasplante de un modelo de organización familiar europeo, por otra. Varía de esta manera, desde expresiones clánicas, tribales, matriarcales o patriarcales hasta expresiones urbanas tradicionales y campesinas asentadas en la ciudad o todavía en el campo; de la preeminencia del grupo familiar hasta la del individuo sobre el grupo. Sólo a través del análisis de todas sus variantes y conexiones, se podría acceder al significado simbólico de una supuesta familia "mexicana". No obstante, si se atiende a los aspectos biológicos y sociológicos generales puede explicarse la articulación con lo simbólico. Los parámetros estadísticos resultan pobres ante esta enorme riqueza, incluso poética, que reviste la familia mexicana en todas sus posibilidades entrelazadas. Se requeriría a nuestro juicio de algo más, como sería la intuición e incluso de una aproximación desde la estética, para llegar a un develamiento de su simbólica. Este conglomerado de tan variado

origen étnico conserva tradiciones grupales heterogéneas que, sin embargo, tienen un destino común. Se tendría que encarar no sólo la tradición de tal o cual grupo, sino partir de las tradiciones particulares y construirse una tradición común resultante del diálogo entre las tradiciones de los diferentes grupos étnicos. En este momento, dichas tradiciones no encuentran interlocutor entre los demás mexicanos; a pesar de ello, hay una serie de acontecimientos históricos comunes que marcan un derrotero a un destino común también, para todos ellos y que podría acceder a una auténtica historia. En ese panorama el cuestionamiento acerca de la estructura y de la función de la familia se plantea de la siguiente manera: ni el grupo centripeto ni el grupo centrifugo tienen una visión de conjunto en relación con la realidad del país, preocupados exclusivamente por la satisfacción de las necesidades del grupo familiar ignorando las de la sociedad global o política, y es escasamente manifiesta la segunda función de la familia que es la de lanzar a sus miembros a la vida ciudadana.

En un intento por hacer una aproximación a esa circunstancia concreta, real, "mexicana" de la familia, basándonos justamente en la perspectiva antes señalada en este trabajo —la de no abordarla desde la estadística sino más bien a partir de la intuición y de la estética—, se acudió al texto literario. Nuestro propósito fue partir del lenguaje simbólico con la esperanza de llegar a un posible conocimiento a través de la hermenéutica —entre otros aspectos de nuestra cultura— de la familia mexicana. Partimos de la hipótesis de que al ser el lenguaje literario un "lenguaje no confinado", liberado de constreñimientos léxicos, sintácticos incluso, de los del lenguaje ordinario y del científico, el escritor se sitúa y actúa en un plano hipotético. Es un lenguaje dirigido hacia el interior, afincado en el sentir estructurante y expresado por el texto literario. Pero en otro sentido, también, este lenguaje está ligado por lo que crea, por las nuevas configuraciones que expresan el significado de la realidad del que se hace portador, y por medio de ellas se introducen nuevas formas de ser en el mundo, de vivir en él y de proyectar propuestas, intenciones, concretaciones. Dicho de otra forma, expresa un sentir que es una forma específica de estar en el mundo y de relacionarse con él, entenderlo o interpretarlo. Lo que liga al discurso poético es, pues, la necesidad de llevar al lenguaje formas de ser que la visión ordinaria oscurece o reprime. Así, lo que pide ser llevado al lenguaje —pero que nunca puede ser lenguaje completamente— es siempre algo

poderoso, eficaz, enérgico: el poder de los impulsos que persigue a nuestras fantasías, el de las formas imaginarias del ser que encienden a la palabra poética y el del enorme y poderosísimo algo que nos amenaza siempre que nos sentimos desarmados en todos estos registros, y tal vez

igualmente en otros; la dialéctica del poder y la forma toma lugar, lo que asegura que el lenguaje sólo capture la espuma de la vida.<sup>2</sup>

En este punto justamente se articula el quehacer hermenéutico, la estructura circular de la comprensión, desde el movimiento anticipatorio —la pre-comprensión— que determina continuamente a la comprensión del texto. Ésta como la interpretación del movimiento de la tradición y del movimiento del intérprete, no como acto de subjetividad, sino determinado desde la comunidad que une con la tradición. Tres acciones que constituyen la operatividad del círculo hermenéutico: comprender, participar en el acontecer de la tradición y continuar determinándolo desde nosotros mismos.

Al analizar los textos a partir de sus símbolos no sólo descubrimos figuras regresivas que hablan de posibilidades canceladas, sino, además, de un deseo de ser, de potencialidad que reclama actualizaciones propias y auténticas. Pretender encontrar la mexicanidad como pasado es fácil, se trata de algo acontecido, de lo vivido por otros; pero hacerlo como proyecto, es descubrir en el texto literario la aspiración a ser en instancias no determinadas sino determinables.

Los resultados que se obtuvieron después de analizar sesenta y cinco cuentos mexicanos publicados en las cuatro últimas décadas de nuestro siglo, vinieron a confirmar nuestra visión inicial: no podemos hablar de una familia mexicana o de la familia mexicana. Ni siquiera de diversos tipos de familia como tales, en el México no indígena. La mayor parte de los cuentos —excepto algunos como los de Rulfo, Gardea, Bernal y algún otro— fueron escritos por escritores ciudadanos. Entran, por tanto, dentro del género del cuento urbano. En ellos, incluidos los rurales, no obstante, la familia prácticamente no existe. Lo que se nos presenta es un panorama conformado por símbolos actuando como ese excedente de sentido, más allá de lo lingüístico, ese algo inefable pero que ahí está apuntando hacia algo no explicitado, apuntando en forma intencional, inexorablemente, hacia lo concreto, específico, circunstancial. Esa circunstancia geográfica, tóporo-espacial, física, poblada por seres vegetales, animales, minerales, humanos con sus concretaciones y realizaciones políticas, sociales, económicas, religiosas, a las que se refiere, en primera instancia el texto, el que Freud llamaría —desde el relato del sueño— manifiesto, plasmado en y a través del lenguaje en su expresión metafórica o poética, si se quiere, que acendra, a su vez, otro texto latente —conjunto de textos latentes— desde la polisemia del discurso literario.

<sup>2</sup> Ricoeur, Paul, *Discourse and the Surplus of Meaning*, Fort Worth, The Texas Christian University Press, 1976, pp. 45-69; existe Trad. de Graciela Monges UIA, 1983.

Texto manifiesto, pues, que nos sumerge en un mundo arcaico, oscuro, indescifrable, presente, insinuado a través de las constantes que se perfilan en el habla proferida, capturada por la escritura, discurso de personajes "quasi reales" pervadido y surgido de una concepción específica del mundo, albur hecho discurso balbuceante, apagado murmullo en demanda de respuesta ontológica abortada, intento fallido en el encuentro de la identidad. La muerte omnipresente, dicha, declarada, actuada poco, muy poco, soslayada. La muerte disfrazada de madre, de dinero, de impotencia. La actitud fatalista frente a *Eros* ausente porque "la vida no vale nada". La denuncia del abuso, de la indigencia, de la injusticia social apenas entrevista, adivinada, en la actitud de desolación y aceptación del estado de cosas, sin rebeldía, sí abandono. Abandono y desamparo campean por los caminos del relato, vericuetos de desolación y desesperanza. Fantasía emergente en las zonas de *Ananké*. Lo soñado y lo alucinado en el primer plano del vivir, única posibilidad de *Eros*. Imperio indiscutible de *Tánatos*, única salida posible del dolor cotidiano, del ¿vivir? Panorama sombrío, poco prometedor de esperanza, en el aquí y ahora de nuestra circunstancia fetichista e idólatra —lo mismo de políticos que de santos, boxeadores y futbolistas— que se vuelve hacia atrás, a su arqueología, seno oscuro y mil veces violado, atrapado por su historia irremediable y repetida, estatificada en un punto: el de lo inmutable. Lugar del matriarcado en el que no se tiene y no se es padre, sí madre entrañadora de la vida y de la muerte. La gran ciudad devoradora de hombres, frente a un campo devastador. Sólo la selva, quizás vorágine, esbozada apenas en algunos de los cuentos leídos, resulta prometedora y fecunda pero en muerte. "Mexicanidad" expresada en la comida, las banderitas de papel de china recortado —feria de colores—, la vestimenta, el habla, las actitudes religiosas y mágicas de los actuantes, su postura vital consecuente con una visión del mundo. Geografía, topografía, toponimia, mitología, pasado, cultura trezadas en abigarrada concreción del presente casi estatificado. Hombres y mujeres de mirada cansada y vestimenta multicolor, lacerados por el dolor, víctimas de la injusticia y de la corrupción que ellos mismos han cimentado y construido. Tierra de nopales y magueyes, de grietas, cicatrices en la entraña, voces antiguas y hambre interminable mirando al televisor desde Narvarte, festejando al campeón boxeador en Tepito, de guerrilleros o miembros del partido comunista encarcelados, de mediocres empleados, "teporochos" sin salida, mujeres castrantes abnegadas, madres mexicanas lavanderas, amas de casa, abuelas, hermanas, profesores universitarios, cantantes de ópera frustradas, prostitutas, rateros, pandillas, obreros, albañiles, boleros, devotos fanáticos, campesinos, matones, mujeres de Tecamachalco, hacendados, una modelo, niños y jovencitos, hijos en busca de su padre —identidad única posible—, mexicanos en el extranjero buscando, buscando siempre las raíces desde su

circunstancia que se inserta ajustada y fielmente en esa otra circunstancia "quasi real" que apunta al México actual, de la ciudad, del campo, de la Basílica, del santuario, del Viaducto, de Tepito, Narvarte, las Lomas de Tecamachalco, de la plaza de Garibaldi, Tlatelolco y el centro de la ciudad, de Jalisco, la selva chiapaneca y el desierto de Sonora, la miseria del hombre mexicano no importa cuál sea su extracción social o el grado de cultura. Más por ninguna parte la familia constituida. Madres solteras o abandonadas, hijos que no saben de su padre, hombres solos en búsqueda constante, familias deshechas o inexistentes, en una palabra.

El sombrío panorama anterior nos invita a reflexionar, a cuestionar nuestra realidad familiar, política y nacional. Quizás a través de símbolo —que junto con el mito y la imagen pertenece a la sustancia de la vida espiritual al decir de Mircea Eliade— pueda accederse a un conocimiento profundo de nuestro ser al responder aquél a una necesidad y a una función específicas, las de dejar al desnudo sus modalidades.

Cuando un ser históricamente condicionado (...) se deja invadir por la parte no histórica de sí mismo (lo cual le sucede al hombre con mucha mayor frecuencia, y mucho más radicalmente de lo que se imagina), no es necesariamente para retrotraerse al estadio animal de la humanidad, para bajar a las fuentes más profundas de la vida orgánica: infinitas veces, mediante las imágenes y los símbolos que pone a contribución, vuelve a superar la situación paradisiaca del hombre primordial (...) Los sueños, los ensueños, las imágenes de sus nostalgias, de sus deseos, de sus entusiasmos, etc. . . , son otras tantas fuerzas que proyectan al ser humano, condicionado históricamente, hacia un mundo espiritual infinitamente más rico que el mundo cerrado de su momento histórico.<sup>3</sup>

Paul Ricoeur propone a la hermenéutica como la posibilidad de apropiarse del sentido de algo, esto es, de comprender; por lo tanto, como disciplina filosófica es "un segmento de la comprensión de sí mismo y de la comprensión del ser; fuera de este trabajo de apropiación de sentido, no es nada. . ."

Pero el hermeneuta debe colocarse en el mismo campo semántico que lo que trata de comprender y entrar así, en el círculo hermenéutico del comprender y del creer que descalifica a la hermenéutica como ciencia y la califica como pensamiento mediante:

Yo apuesto que comprendo mejor al hombre y los lazos que unen al ser del hombre con el ser de los demás seres, siguiendo las indicaciones del pensamiento simbólico. . .

Al apostar sobre la significación del mundo simbólico, apuesto al mis-

<sup>3</sup> Eliade, Mircea, *Imágenes y símbolos*, Madrid, Tauros Ediciones, 1979, pp. 11-13.

mo tiempo que recuperaré mi apuesta en poder de la reflexión, dentro del plano del raciocinio coherente.

La hermenéutica se propone entonces, partiendo de los símbolos, promover, estimular y formar el sentido mediante una interpretación creadora. Símbolo e interpretación son términos correlativos, ya que la interpretación es el trabajo del pensamiento que consiste en desplegar los niveles de significación implicados en la significación literal.

El símbolo entraña numerosos sentidos que no son excluyentes sino complementarios y cada lectura simbólica puede revelar diversos planos de la realidad total a los que el símbolo apunta.

El símbolo apunta a una realidad translingüística pues "sirve de soporte para elevarse mediante la meditación al conocimiento de las verdades metafísicas".<sup>4</sup>

Más los símbolos no existen en cuanto tales, hay que construirlos. Y su construcción se logra a través de la palabra, la palabra en el diálogo. Toda esta riqueza de la que se hablaba con respecto a las diversas modalidades de la familia mexicana está fincada en la heterogeneidad y la falta de comunicación, esto es, de diálogo. Diálogo entre los símbolos de las distintas etnias, diálogo entre los integrantes de las familias, diálogo en la *polis*, diálogo en y con la historia. El caudal prehispánico, la época colonial, la etapa independiente, la Reforma, la Revolución, la guerra cristera, el cardenismo y todos los demás acontecimientos que nutren nuestra historia contemporánea, no ha sido motivo de diálogo. De ahí que no existan símbolos propiamente nacionales, se hable lenguas y en lenguajes diferentes y el país se halle atomizado partiendo de la familia misma. Quizá por ello, los resultados arrojados por el análisis y la exégesis literarios revelen la inexistencia de una organización familiar que aparentemente sí existe en la realidad.

Sólo el diálogo con la tradición permite escapar a la inexorabilidad del destino para acceder a la linealidad de la historia, no de una historia oficial sino de una por hacerse ahí donde el ser humano comienza a simbolizar, esto es, en la familia.

<sup>4</sup> Ricoeur, Paul, *Finitud y culpabilidad*, Madrid, Taurus Ediciones, 1969.